

Te doy gracias por todas las mercedes que hemos obtenido por tu medio, y deseo que sean apreciadas si no en lo que merecen, á lo menos tanto como podamos hacer y tan largo tiempo como cojamos sus frutos.

SEGUNDA ESTRELLA

ó grandeza de la corona de poder de la madre de Dios.

CAPITULO III.

QUE EN ELLA SOLA EN CALIDAD DE MADRE QUISO EL VERBO ETERNO TOMAR NUESTRA NATURALEZA.

Mucho es que la Virgen santísima atrajese á la tierra al Verbo eterno: aun mas es haberle hospedado y haberlo hecho dignamente: ¿qué será pues haberle dado la naturaleza que venia á tomar? Este es un privilegio de poder, dice S. Juan Damasceno (1), que la ensalza sobre todo lo criado. Acerca de él discurri al principio del primer tratado; pero heme aquí metido de nuevo en el asunto, porque esta calidad no es solamente el principio de las grandezas de excelencia de María, sino tambien el origen de las prerogativas de su poder. No obstante lo dicho me obligará á ser mucho mas breve de lo que hubiera sido en otro caso, y á atenerme precisamente al poder que se manifiesta en el título de madre de Dios y en el misterio de la Encarnacion.

(1) Orat. 1. de nativ. B. Virg.

§. 1.—Del poder general de la madre de Dios sobre toda la naturaleza criada que se manifiesta en el misterio de la encarnacion.

I. No sin profundo misterio debiendo el profeta Isaiás de escribir, aunque en poquísimas palabras, la promesa de la encarnacion del Verbo divino (1), como explican S. Epifanio (2), S. Ambrosio (3), S. Gerónimo (4), san Cirilo (5), S. Basilio (6), Procopio de Gaza (7), el abad Ruperto (8) y con ellos el parafrasta caldeo (9) y el que los hebreos llaman por honor su santo maestro, recibió orden expresa de Dios de tomar un gran rollo de pergamino; con lo que quiso dar á entender el Espíritu Santo que bajo de aquellas pocas palabras habia infinitas maravillas. Pero lo mas notable á mi parecer es que se mandó al profeta escribir en este pergamino con un estilo de hombre, es decir, de una manera que puedan entenderlo los hombres, como explica el docto Ruperto (10), en consideracion á que el misterio es de suyo tan alto, que de otra suerte no comprenderian nunca nada. Con efecto no ha de juzgarse, dice el papa S. Leon, que lo que admiraba el profeta Isaiás cuando decia: ¿Quién podrá explicar su generacion (11)? deba de entenderse de la generacion eterna del Verbo solamente, sino que se ha de tomar tambien de su generacion temporal, porque si dejamos á un lado lo que la fé nos enseña, toda palabra es muda cuando se trata de hablar de esto.

(1) Isai. VIII.

(2) Hæresi 78.

(3) In cap. I Lucæ.

(4) In cap. citat. Isai.

(5) Ibidem.

(6) Ibidem.

(7) Ibidem.

(8) Ibidem.

(9) Rabbi Haccados apud Galatinum lib. 7 de arcanis, capite 18.

(10) Serm. 9.

(11) Isai. LIII.

La Encarnacion es la obra excelente de Dios.

II. Ahora bien confieso, y no es dado dudarlo, que la Encarnacion es propiamente la obra de Dios. S. Buenaventura lo dice muy devotamente segun su costumbre: «Obra tuya es, gran Dios, la admirable disposicion que pusiste en la Virgen santa para ser digna madre de Dios: obra tuya es la embajada del ángel Gabriel, la bajada del Espíritu Santo á ella y la union del Verbo divino con la carne (1).» Mucho tiempo antes que él dirigia el profeta Habacuc una súplica á Dios en estos términos: «Señor, vivifica tu obra en medio de los años (2);» que es como si dijera: Señor, desde el principio se nos hizo entender que teniais que hacer una obra acabada, la cual debia de superar todo lo que hasta aquí ha salido de tus manos, y siempre hemos conservado la esperanza de que habia de verse en medio de los años. Ya es tiempo de cumplir tu promesa, y así no permitas que llegue á destruirse un designio tan excelente; al contrario dale á luz y vivifícale. Ve aquí otra interpretacion: Señor, el mundo está en expectacion de una obra prometida por tí, de que ha concebido gran esperanza; pero hasta ahora no es mas que una penitencia incoada y una estatua sin alma ni movimiento. Verdaderamente hemos oido hablar de cierto matrimonio que ha de efectuarse, y de dos que se unirán en una carne; de un reloj cuya sombra retrocedió diez líneas (3); de la misteriosa escala de Jacob (4), del encogimiento del profeta Eliseo sobre el cadáver del hijo de la viuda (5). Muchas veces se nos han anunciado estas y

(1) Specul. B. Virg., c. 14.

(2) Habac. III.

(3) IV Reg., XX.

(4) Genes. LVIII.

(5) IV. Reg., IV.

otras figuras semejantes; pero no son mas que sombras muertas y cuerpos sin alma. A tí solo te toca animar tu diseño y dar vida y la última pincelada á este cuadro singular, que de tí solo espera su perfeccion. Pensando en esto mas atentamente he creido que el cielo y todo cuanto vemos es llamado por el salmista obra de los dedos de Dios (1): que todos los prodigios obrados por Moisés delante de Faraon son llamados tambien el dedo de Dios (2); pero cuando se trata de la maravilla esperada desde el principio de los siglos, David pide que Dios excite su omnipotencia (3); el profeta Isaias le pide que levante su brazo y le haga fuerte (4) y la Virgen santísima sin hablar de otros dice en su cántico «que Dios obró el poder con su brazo.» Por último el angélico doctor santo Tomás enseña que el gran poder de Dios se muestra en la union y concordia de los elementos discordantes: que el mayor se manifiesta en la union del espíritu con el cuerpo; pero que grandísimo se ve en la union del espíritu increado con la naturaleza criada. Es verdad, Dios mio, que lo hemos oido con nuestros oidos y que nuestros mayores nos manifestaron las obras que produjiste en sus dias. Derribaste los reyes y sojuzgaste las naciones á la llegada de ellos: obraste en su favor maravillas en todos los elementos; sin embargo es preciso confesar que nunca oyeron hablar de una obra semejante á esta, en que se haya ostentado tanto la grandeza de tu poder. Los cielos anuncian tu gloria, y el firmamento pregoná la excelencia de tus obras; pero permitenos decir que aunque todas estas piezas son excelentes, en comparacion de aquella no son mas que ras-

(1) Psalm VIII.

(2) Exod. VIII.

(3) Salm. XCVII.

(4) Isai. LI.

guños y que solamente aquí quisiste dar una pincelada de maestro, habiéndote excedido á ti mismo y hecho inimitable.

La Encarnacion es tambien la obra excelente de la Virgen: cuántas maravillas se hallan en ella.

III. Es verdad tambien y hay que confesarlo que esta es la obra de Dios y la obra por excelencia; pero convenimos asimismo en que es la de la Virgen, y así como Dios no quiso hacer esta obra mas que en ella sola, no quiso cumplirla sino por ella y con ella. Esto consideraron los santos doctores cuando le dieron epitetos y títulos que indican altamente la excelencia de su poder. S. Ambrosio la llama salon real de los misterios celestiales (1), y S. Juan Damasceno la fuente maravillosa ó de maravillas (2). S. Epifanio dice cosas muy singulares y entre otras que es el tesoro inefable é inagotable de la santa economía (3); por cuyo nombre expresan ordinariamente los padres griegos el misterio de la encarnacion. Y á la verdad le da muy acertadamente el nombre de tesoro, porque así como el tesoro es un monton de riquezas, de donde se puede sacar siempre á manos llenas sin ver el fin, de la misma manera son tales y tantas las maravillas que se descubren en este divino misterio, que no hay medio de contarlas.

IV. Por decir algo, aunque sea de paso, ¿qué maravilla no es que la hija sea la madre de su padre y que el artifice de todas las cosas tome el ser de su obra? Pocos años há que un niño chino que solo tenia cinco de edad, pronunció una sentencia digna de transmitirse á la poste-

(1) De institut. Virg., c. 7.
(2) Orat. 1. de nat. B. Virg.

(3) Orat. de S. Deipara.

ridad, sin que pudiese averiguarse jamás que la hubiera aprendido de nadie. «El señor del cielo, dijo, crió á su madre, y su madre parió al señor del cielo.» Es creíble que Dios ó su santa madre le enseñase tan bella ocurrencia, y me lo persuade el que su casa era una casa de maravillas y portentos del cielo, como se ve en la conversion de un hermano suyo de diez y siete años. Este mancebo adolecia de una grave enfermedad, y no habia esperanza de que recobrarla la salud. El dia 3 de agosto como á las cuatro de la tarde se sintió fuertemente tocado de Dios é inspirado de hacerse cristiano. Para efectuar sus deseos pedia al Señor la salud con lágrimas, cuando columbró muy claramente algunas letras escritas en la colgadura de su cama. Eran pocas, pero muy misteriosas; por tres veces diferentes se juntaron sin que él viese la mano que las manejaba. La primera vez aquel escrito le exhortaba á mudar de vida y seguir á Dios que le llamaba: á la segunda le daba esperanza de que venceria fácilmente todo género de dificultades y que seria causa de la salvacion de muchos: á la tercera le prometia que de allí á dos años le haria Dios una gracia señalada. Una cosa tan nueva le dió mucho que pensar, especialmente cuando estando deshauciado de los médicos se halló curarlo incontinenti. Así es que no tardó en abrazar la religion verdadera, y recibió en el bautismo el nombre de Rafael. Finalmente para que se cerciorase mas de las promesas del cielo, á su conversion siguió la de toda su casa. Pero volviendo á mi propósito, la maravilla de que hablo, no es otra á juicio de S. Agustín que la que la virgen Maria tenia en su mente cuando decia que Dios habia hecho cosas grandes en ella. ¿Por ventura, oh virgen santa, dice aquel admirable doctor, no ha parido una criatura á su criador? ¿No ha dado la sierva la vida á su señor, el cual por tu medio ha iluminado, redimido y vivificado al mundo? Oh santa señora, exclama el elo-

cuente arzobispo de Ravena (1), el que te hizo, fué hecho por tí: de tí salió tu manantial; tú eres la madre de tu padre, y el que trajo la luz al mundo, la quiso tomar de tí.

V. ¡Qué maravilla de novedad y qué novedad de maravilla, que pueda decirse en muy buen sentido que la criatura dió algo á su criador antes de haber recibido de él! Bien sé que el apóstol S. Pablo dice: ¿Quién le dió á él primero, para que le sea recompensado? (2) Mas tampoco ignoro lo que responde el santo mártir y obispo de Tiro Metodio (3): que fué la bienaventurada Virgen cuando de su propia sustancia le revistió de nuestra carne mortal. Tampoco ignoro lo que dice S. Ambrosio: que la Virgen tuvo de qué dar á Dios, porque no hizo dádiva de lo ajeno, sino de lo suyo propio, ofreciendo al criador de todas las cosas un presente verdaderamente ordinario que habia sacado de sus propias entrañas; pero con un afecto y de un modo extraordinario (4). ¿Quién no confesará aquí conmigo que esto es lo que S. Cirilo llamaba enigma muy sagrado (5), y S. Juan Damasceno la novedad de las novedades (6)?

VI. ¡Qué maravilla, la union de dos piezas tan diferentes como son el impassible y el pasible, el inmortal y el mortal, el cielo y la tierra, Dios y el hombre! S. Agustín llama á esta union la mezcla admirable (7). Por mi parte no sé que pueda expresarse mejor que con estas palabras de S. Leon el grande: «La creencia católica requiere nos persuadamos á que se unieron entre sí dos naturalezas y que salvo respectivamente sus propiedades se

(1) S. Chrysol., serm. 142.

(2) Ad rom. II.

(3) Orat. de Hypapante.

(4) S. Ambr., lib. 4 de incarnationis domin. sacram., cap. 9.

(5) Epist. de fide ad regin.

(6) Lib. 3. fidei, cap. 1.

(7) Epist. 3 ad Volusia-

formó una union tan estrecha entre estas dos sustancias, que desde el feliz instante en que para bien del linaje humano encarnó el Verbo en las entrañas de la sacratísima Virgen, no nos es ya dado separar al hombre de Dios, ni á Dios del hombre ni aun por nuestros pensamientos. Es verdad que cada una de estas dos naturalezas se da á conocer por los actos diferentes que le convienen y que distinguen á la una de la otra; pero no media ninguna disunion entre ellas. Todo lo que procede de la una y de la otra, se pone en comun, y así como la majestad resplandece en la bajeza, así la abyeccion aparece en la grandeza, sin que la unidad produzca ninguna especie de confusion, ni la propiedad quite nada á la union. Una es la naturaleza pasible y otra la impassible, y esto no obstante la gloria y la afrenta, la honra y la deshonra pertenecen al mismo, y el flaco no es otro que el poderoso, y el vencedor de la muerte es el mismo que fué vencido de ella (1). A vuestro parecer no es este el admirable comercio y la union inefable que la santa iglesia predica con tanto eco, que deseaban los patriarcas, que anunciaban los profetas, y cuyo goce estaba reservado á los Benjamines de la ley evangélica? Por lo demás si se me pregunta quién es el autor de esa union inexplicable, diré que el primero y principal es Dios, el cual sacó esta maravilla de los tesoros de su omnipotencia; pero no tendré reparo en añadir con S. Epifanio (2) que la Virgen cooperó grandemente á ella y trabajó con Dios para estrechar el nudo que unió entre sí las dos naturalezas. Diré francamente que por este motivo la llamó S. Andrés de Jerusalem el retrete de la naturaleza (3), y S. Juan Damasceno el retrete de las uniones (4), porque en ella se unió la divinidad con la humanidad, la pasibilidad con la impassibili-

(1) Serm. 3 de passione.

(2) Orat. de S. Deipar.

(3) Orat. de Annuntiat.

(4) Orat. 1 de nativit. B. V.

dad, la vida con la muerte, y el fuerte venció al débil para su beneficio y provecho. ¿Queremos ver mas expresamente las maravillas de esta union divina? «Observemos, dice S. Bernardo (1), cómo la longitud se acorta y la latitud se estrecha, cómo se baja la altura y se allana la profundidad. Consideremos la luz oscurecida, la palabra muda, el agua sedienta y el pan hambriento: contemplemos el poder que obedece, la sabiduría que aprende, y la fortaleza que es sostenida por otro. Admiremos el gozo que se contrista, la seguridad que teme, la felicidad que padece, la salud que está enferma, y la vida que muere; ó admiremos mas bien la tristeza que alegra, el temor que tranquiliza, la muerte que da la vida, y la flaqueza que conforta.»

VII. ¿Qué maravilla ver al autor de todas las cosas unido no solo á una criatura suya, sino á todas cuantas hay, por medio de una sola de ellas! Juzgad si no es una grandísima maravilla que una criatura haya merecido ser con Dios la causa y el principio de esta union. A S. Juan Damasceno debo este pensamiento. «Por medio de la Virgen, dice el santo doctor (2) dió el Criador un nuevo estado á todas sus criaturas y mucho mejor que el que tenían antes, porque siendo el hombre como el intermedio de las naturalezas intelectuales y de las criaturas materiales y el vínculo de las que se ven y de las que no se ven, la immaculada Virgen que juntó el hombre á Dios con un lazo indisoluble, le unió al mismo tiempo estrechísimamente á todas las otras criaturas.

VIII. ¿Qué maravilla ver todos los atributos de Dios puestos en compendio y sus infinitas perfecciones redu-

(1) Homil. 2 in Missus.

(2) Orat. 1 de Nativit.

cidas á la menor dimension! Los antiguos sabios de Atenas se atormentaron por averiguar qué es lo que podía llamarse juntamente lo mas grande y lo mas pequeño. Quién dijo la niña del ojo, quién el corazon humano, quién el entendimiento. Esta diversidad de pareceres era disimulable en unos hombres privados de la luz de la verdad; mas nosotros digamos sin fijar nuestros pensamientos en otra parte que es el incomprendible misterio de la encarnacion, donde vemos abatida la grandeza, agotados los tesoros y la omnipotencia de Dios, compendiadas las magnificencias de la gracia y de la gloria, la predestinacion de los escogidos no solo merecida, sino llevada á su perfeccion y fin, en una palabra todo lo que hay de grande en el cielo y en la tierra, puesto en un volumen pequeño y comprendido en un cuerpo tiernecito y recién organizado. Inaudita maravilla es esta en que interviene la justicia, reina la misericordia, delibera la eternidad, insta la bondad, concluye la sabiduría, ejecuta el poder, y en que los diversos efectos de todas estas propiedades diferentes se concilian tan acertadamente, que se forma un concierto agradable á Dios, provechoso á los ángeles y á los hombres y admirable para todo el mundo. Si se quiere saber quién ha obrado esta maravilla; confieso que es Dios, con tal que se me conceda al mismo tiempo que no la ha hecho él solo, sino que ha querido que la Virgen participase de este honor con él, y le ayudase á encerrar las perfecciones infinitas de su incomprendible majestad en el estuche de un cuerpo corruptible y mortal.

IX. ¿Qué maravilla contemplar la palabra eterna compendiada, Dios anonadado y el Verbo hecho carne! Cuando digo el Verbo hecho carne, intento incluir bajo esta palabra todo lo bajo y abyecto que puede comprender el entendimiento humano y angélico y aun el divino. Por la palabra carne entiendo con Dios mismo un